

Resumen Reflexivo

En el primer capítulo que habla sobre la formación del canon bíblico, aprendí que, aunque Dios inspiró los libros de la Biblia, fue necesario que las personas los reconocieran, reunieran y conservaran con el tiempo. A ese proceso se le llama el canon de las Escrituras. El canon es la lista de los libros que fueron reconocidos como inspirados por Dios y que sirven como norma de fe y conducta.

También entendí que fue necesario formar un canon para obedecer el mandato de Dios de preservar sus escritos, para protegerlos durante persecuciones y guerras, y para distinguir los libros verdaderos de los apócrifos. Gracias al canon, hoy tenemos una revelación completa y suficiente de Dios, que no necesita añadirse ni quitarse nada.

Introducción – Formación del canon del AT

La historia del canon hebreo no es fácil de reconstruir, pero el propio Antiguo Testamento y la historia de Israel muestran que los judíos distinguieron claramente los libros canónicos de otros escritos religiosos o históricos. Los libros canónicos siempre fueron considerados especiales y sagrados. Aunque existieron otros textos religiosos, nunca se confundieron con la Palabra de Dios. La idea de que el canon se formó tardíamente es rechazada por evidencias históricas.

El canon comenzó con los libros de Moisés (c. 1500 a.C.), conservados y reconocidos como autoritativos desde muy temprano, citados y obedecidos por líderes y el pueblo de Israel a lo largo de su historia. Incluyen libros históricos y proféticos que se refieren entre sí, demostrando su antigüedad y autoridad. Profetas como Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel muestran conocimiento de otros libros ya considerados canónicos. Salmos, Proverbios, Job y otros escritos fueron reconocidos como canónicos desde épocas tempranas. Muchos fueron recopilados progresivamente, pero ya eran considerados Palabra de Dios antes de su forma final.

Hubo indicios de dos colecciones: la Ley y los Profetas/Escritos. Con el tiempo se organizaron en tres secciones. La expresión “la ley y los profetas” era común y ampliamente aceptada.

Tradicionalmente se atribuye a Esdras la recopilación final. Desde alrededor del 380 a.C., el canon hebreo se consideró cerrado. Jesús, Filón y Josefo confirmaron su estructura y contenido. El concilio de Jamnia no añadió libros, solo confirmó los ya reconocidos.

Existe abundante evidencia de que el canon del Antiguo Testamento está completo y contiene únicamente libros inspirados.

El canon del Nuevo Testamento se desarrolló con más datos históricos disponibles. Surgió por la necesidad de definir la norma de fe, enfrentar herejías y unificar la enseñanza cristiana. Los escritos apostólicos fueron seleccionados, leídos públicamente, obedecidos, circulados y conservados por las iglesias, siendo considerados autoritativos al nivel del Antiguo Testamento. Padres de la Iglesia y traducciones antiguas confirman la aceptación temprana de la mayoría de los libros. Documentos como el Fragmento Muratoriano muestran un canon casi completo. Aunque algunos libros fueron debatidos, finalmente se reconocieron los 27 libros. Atanasio, y luego los concilios de Hipona y Cartago, confirmaron el canon ya aceptado por la Iglesia. Los concilios no otorgaron autoridad a los libros, sino que reconocieron la que ya tenían por inspiración divina. El proceso fue cuidadoso y basado en evidencias históricas sólidas.

Definición de los libros apócrifos

El término “apócrifo” significó primero “secreto”, pero la iglesia primitiva lo usó para escritos no aceptados como inspirados. Con el tiempo se aplicó a libros considerados espurios o heréticos. No deben confundirse con libros “disputados”, que sí fueron finalmente canónicos. La Clasificación general de los apócrifos se dividen en libros rechazados por todos (seudepígrafos) y libros aceptados por algunos. También se clasifican como apócrifos del Antiguo o del Nuevo

Testamento, aunque nunca formaron parte oficial del canon bíblico. Entre 200 a.C. y 100 d.C. surgieron muchos escritos judíos, muchos anónimos o atribuidos falsamente a personajes bíblicos. Aunque algunos fueron respetados, los judíos nunca los aceptaron como canónicos. Los libros apócrifos del Antiguo Testamento se agrupan como didácticos, históricos, poéticos, míticos y apocalípticos (ej. Sabiduría, Macabeos, Tobías, Judit, Enoc). Algunos aparecen en la Septuaginta, la Vulgata o manuscritos del Mar Muerto.

En el Debate sobre los “dos cánones” algunos proponen un canon hebreo y otro griego más amplio, pero no hay pruebas de que los judíos de Alejandría consideraran canónicos los apócrifos. Los manuscritos griegos más antiguos son tardíos.

La Iglesia Católica acepta varios apócrifos como canónicos (definido en Trento), mientras los evangélicos mantienen el canon hebreo de 39 libros.

Los Apócrifos del Nuevo Testamento- Desde el siglo I circularon escritos atribuidos falsamente a apóstoles (evangelios, hechos, cartas y apocalipsis). Carecen de valor histórico y doctrinal y fueron rechazados por la iglesia primitiva. Incluyen relatos sobre María, evangelios apócrifos (Tomás, Pedro, etc.), hechos, epístolas y apocalipsis. Algunos escritos patrísticos fueron muy estimados, pero no considerados inspirados. Antes de la imprenta, la Biblia se copiaba a mano. Los textos escritos en papiro, cuero o pergamino se llaman manuscritos. Los manuscritos bíblicos son copias antiguas de la Biblia en sus lenguas originales. Se dividen en originales (autógrafos) y copias. Los originales ya no existen, pero sí muchas copias muy confiables hechas por escribas. Los manuscritos se clasifican en Antiguo y Nuevo Testamento. Los manuscritos del Antiguo Testamento podían ser oficiales o privados. Los del Nuevo Testamento se dividen en unciales y minúsculos. Según el material: papiros, pergaminos y vitelas. Según la forma: rollos, códices y fragmentos. Algunos son palimpsestos, manuscritos borrados y reutilizados. La

autoridad depende de su antigüedad y calidad. Los manuscritos más antiguos suelen ser más confiables. En el Nuevo Testamento hay muchos manuscritos; en el Antiguo, menos, pero de gran calidad. La escasez de manuscritos del Antiguo Testamento se debe a la fragilidad de los materiales, persecuciones y la costumbre judía de destruir copias defectuosas para preservar la pureza del texto. Los Principales manuscritos del Antiguo Testamento Incluyen el texto masorético, el Pentateuco Samaritano, el papiro de Nash, el manuscrito de Malabar y los rollos del Mar Muerto.

Además de copiar manuscritos, fue necesario traducir la Biblia a otros idiomas cuando pueblos no entendían las lenguas originales. De ahí surgen las distintas versiones bíblicas.

En este capítulo se define interpretación y adaptación, y señala que a veces es necesario ajustar ejemplos culturales para que el mensaje sea comprensible. Introduce la traducción libre, que prioriza el sentido general del texto sobre la literalidad. Habla de la imperfección de las versiones bíblicas, aclarando que estas no afectan doctrinas esenciales, sino detalles. Recomienda acudir a los idiomas originales ante dudas y comenzar la clasificación de las versiones. Hay muchas versiones modernas que son superiores por usar mejores manuscritos y un lenguaje más actual. La versión griega, Septuaginta (LXX), su origen es de Alejandría, y fue y es muy importante para el cristianismo primitivo y tuvo mucha influencia en el Nuevo Testamento.

La versión latina la Vulgata de Jerónimo, tiene mucha importancia histórica, su proceso de elaboración y su papel como Biblia oficial de la Iglesia Católica. El capítulo Menciona otras versiones antiguas indirectas (copta, etíope, gótica, armenia, georgiana, árabe, eslava) y reflexiona sobre el impacto histórico de la ausencia temprana de traducciones bíblicas en ciertos pueblos.

La Biblia llegó al castellano tras un largo proceso histórico desde sus lenguas originales. El castellano proviene del latín introducido por los romanos en la península ibérica, el cual evolucionó en distintos dialectos. Con el tiempo, el latín hispánico dio origen al castellano, que se consolidó entre los siglos X y XIII y luego se expandió con la conquista de América, convirtiéndose en lengua internacional. La traducción de la Biblia al español se divide en tres períodos: medieval, Reforma y moderno. Período medieval: Traducciones parciales y manuscritas. Período de la Reforma: Gran impulso a las traducciones bíblicas, muchas hechas directamente de las lenguas originales. Biblia Reina-Valera: Revisión de Cipriano de Valera (1602), que se convirtió en la versión más difundida y utilizada entre los evangélicos hasta hoy. Período moderno se caracteriza por numerosas traducciones católicas y evangélicas, muchas basadas directamente en los textos originales. Las revisiones son necesarias para actualizar el lenguaje, aclarar palabras antiguas y evitar confusiones de significado.

De este material aprendí que las versiones populares de la Biblia buscan hacer el mensaje bíblico accesible al lector común mediante un lenguaje claro, moderno y culturalmente comprensible. Este enfoque tiene grandes virtudes pedagógicas, ya que elimina barreras lingüísticas y facilita la comprensión del mensaje central de las Escrituras. Sin embargo, también aprendí que una traducción excesivamente libre puede debilitar o distorsionar conceptos teológicos fundamentales, como la expiación por la sangre de Cristo, el arrepentimiento, la fe y el pecado, especialmente cuando no se sigue un criterio uniforme o se sustituyen términos bíblicos clave sin la debida explicación.

Este conocimiento puede aplicarse al ministerio de enseñanza pastoral reconociendo la importancia de usar un lenguaje claro y cercano al pueblo, sin sacrificar la fidelidad bíblica.

Como pastora o maestra, es necesario explicar los términos bíblicos esenciales, ayudando a la congregación a entender su significado profundo, en lugar de reemplazarlos por expresiones que pierdan contenido doctrinal. Así, se puede enseñar con claridad, pero también con solidez teológica, formando creyentes bien instruidos y firmes en la verdad de las Escrituras.